

CAPÍTULO DIEZ

EL GUÍA ESPIRITUAL

Hasta el final del reinado de Luis XIV, este siglo, por la riqueza, el número de personajes que lo poblaron y la variedad de corrientes culturales que en él tuvieron vida, mereció el título de *grande*. La alta sociedad, que dominaba, a pesar de su incredulidad práctica, justificada por un estilo de vida casi siempre carente de las más elementales normas morales, se escudaba en un cumplimiento religioso superficial y en una fidelidad a veces farisaica a reglas de vida aparentemente austeras.

Los laicos, igual que los teólogos, se entretenían y discutían de jansenismo, de querellas sobre las humillaciones y los estudios monásticos, y tomaban parte activa en los debates sobre el quietismo, y, con raras excepciones, las clases más elevadas mostraban mucha curiosidad por cuanto se agitaba en el ámbito de la religión y de la fe. Esta fe, como hemos podido observar con muchísima frecuencia, resistía las vicisitudes de una vida desordenada, y, si no producía frutos precoces de conversión, conseguía aparecer con fuerza, al menos en los últimos años antes de la muerte, que con frecuencia era edificante. Estas personas, deseosas de retornar a Dios después de experiencias de errores más o menos largas, necesitaban un guía experimentado.

Buscaban la persona a quien encomendar el progreso de la propia vida espiritual, y no sólo el clero secular o regular, sino también los laicos. Port-Royal fue el primero que inauguró la moda de esta clase de directores, que no tardó en extenderse por todas partes. El mismo Rancé, al principio de su conversión, se puso bajo la guía de Arnould d'Andilly, y en adelante tuvo que luchar mucho para desligarse de su influencia.

Precisamente en este contexto, Rancé nos ha dado la medida de su sentido de Dios y de su humildad y grandeza de alma. Leamos juntos uno de sus más célebres testimonios: “Sobre todo le hago una advertencia – escribía a una dama que le pedía consejos espirituales –; guárdese bien de considerar lo que le digo como si fuera un oráculo; no se imagine que Dios habla a través de mi boca. Yo no sé dar consejos a ninguno; no soy tan amigo de Dios como para conocer las cosas por iluminación, y no tengo, en absoluto, tal capacidad de intuición que pueda entrometerme en su dirección¹”. Sólo después de reiteradas peticiones, y con mucho desagrado, se da por vencido: “Cada vez que me ha hecho el honor de solicitar mi parecer – escribe a un eclesiástico atormentado por las dudas sobre su ministerio – la primera respuesta que me ha venido a los labios ha sido la de exponerle toda mi ignorancia y la oscuridad en que me encuentro; y, según me parece, si yo hubiera tenido aunque fuera la más mínima facilidad de dar consejos al que vive en el mundo, la divina providencia no me habría puesto en un monasterio, como de hecho ha sucedido, y no me habría metido en el corazón el deseo de vivir en un lugar aún más solitario que éste, en que vivo actualmente²”.

Antes de tomar en consideración la correspondencia espiritual propia y verdadera, que, como veremos, adquiere una importancia increíble, tanto en cantidad como en variedad de personas a las que va dirigida, nos detenemos a considerar la importancia de su discernimiento espiritual y de su dirección espiritual en el interior del monasterio.

Como hemos notado ya en distintas ocasiones, el gobierno de Rancé en su monasterio fue bendecido por Dios con una verdadera mies de vocaciones, y significa un éxito poco común.

Si se quiere seguir con atención el desarrollo de su obra año tras año, es fácil darse cuenta de que su ascendente espiritual y sus dotes naturales, aun teniendo gran importancia, no fueron en absoluto determinantes. Fueron mucho más atrayentes y convincentes la radicalidad, la autenticidad de sus convicciones y el fervor en la práctica de las reglas monásticas. Fue, de

hecho, la absoluta sinceridad de su dedicación al ideal, la que hizo que se le perdonaran los numerosos errores debidos a la inexperiencia y al celo exagerado de sus primeros años de gobierno.

Veamos cómo actuaba con la parte más débil y difícil de sus discípulos: los postulantes y los novicios. Es oportuno adelantar que se trataba, en la mayor parte de los casos, de personas adultas, de hombres maduros y encallecidos en sus costumbres, para cuya conversión hubiera sido fácil manifestar admiración y entusiasmo. En cambio, Rancé escrutaba siempre con suma atención sus deseos. Él buscaba el verdadero paso de Dios por la vida de sus nuevos candidatos a la Trapa, los signos de su santa voluntad: “Nuestros deseos no deben ser los dueños de nuestra conducta... Dios ama en nosotros sólo lo que viene de Él, y sólo Él puede señalar y prescribir los caminos por los cuales quiere que caminemos³”.

“Dios es el amo de los monasterios, abre y cierra sus puertas como quiere...⁴”, así se expresaba, y se esforzaba para conocer el corazón de los postulantes: “No admitiré ya más a ninguno, hasta que no lo haya conocido a fondo y lo haya probado, en los encuentros que tenga con quien se presenta, para sondear su corazón y sus disposiciones⁵”.

Pero, una vez que ha aclarado algún punto oscuro y ha visto que es Dios quien llama al joven, el abad será fiel ante cualquier dificultad: “Persuadido como estoy de que los he recibido de la mano de Dios y de que Él me ha encargado de la salvación de sus almas, yo no puedo hacer otra cosa sino cuidar de ellos en cuanto esté en mi poder, hasta cuando tenga que darle cuenta de ello⁶”. La voluntad divina se manifiesta con una llamada personal. Rancé, que sufrió la acusación calumniosa de ser rigorista e inhumano como guía espiritual, quería que esta llamada tuviera el carácter de una verdadera iluminación interior, es decir, es Dios quien debe llamar al *corazón*. “No es suficiente estar persuadidos de que en la vida religiosa se encuentra la salvación y de que en el mundo uno se salva con dificultad, para retirarse a la vida monástica. Ante esta elección, no debemos decidirnos siguiendo el impulso de consideraciones generales, sino movidos por la inspiración divina; ... pídale que le hable al corazón, y que le diga lo que aún no le ha dicho⁷”.

Escribiendo al obispo de Alet, para hablarle de Paul Hardy, se expresa así: “La paz del corazón indica su vocación⁸”.

Es la alegría, la convicción íntima, la armonía perfecta entre la sensibilidad con la razón iluminada por la fe, lo que el novicio puede precisamente buscar, y lo que debe encontrar, si su vocación es auténtica. Rancé quiere ofrecer a Dios el hombre todo entero, incluido el corazón y sus sentimientos, según la acepción tan extendida y en uso durante el siglo XVII.

Debemos revisar la leyenda que hace de la Trapa el receptáculo exclusivo de los más pecadores penitentes. Pues si, en efecto, fueron numerosos los penitentes, no faltaron, con toda seguridad, almas inocentes y personas de fe muy profunda.

Conocemos a don Muce, a quien un confesor le había dicho: “Tú eres un borracho y un charlatán, por lo tanto tu puesto es la Trapa⁹”, y a fray Moisés, que estaba “afligido por su estatura desmesurada, su aspecto horrendo, una mirada salvaje en su cara alargada y estrecha, ahondada en forma de arco; un aspecto, en fin, que reflejaba enseguida el estado de su conciencia¹⁰”, y a tantos, tantos otros; pero, con ellos, muchos otros con dotes excepcionales, de los cuales el abad decía: “Tengo conmigo novicios de calidad, pero externamente los trato con mucho menos cuidado que a los otros¹¹”.

Rancé estaba muy atento a la humildad, y muy desinteresado siempre, acogiendo todas las vocaciones que se le presentaban, aunque carecieran de bienes materiales, o fueran de salud débil y edad avanzada. Siempre moderado, equilibrado y paciente con los recién llegados; los acompañaba en sus dificultades, sin pretender, al principio, una perfección poco razonable. Primero como postulante, y después como novicio, maduraría en el camino de la virtud, con la gracia de Dios y cumpliendo de la mejor manera todos los ejercicios de la vida monástica.

“Estad seguros de que Jesucristo no retira nunca su mano después de haberla tendido [...] Vivid en la presencia de Dios; creed con fe viva que Él os mira en todo momento”.

La legendaria severidad de Rancé, su gran indulgencia, la equidad evangélica, se deben interpretar a la luz de estas enseñanzas. Son técnicas educativas aplicadas a cada uno, según la necesidad espiritual del momento, pero apoyadas en convicciones profundas, con las cuales él se confrontaba continuamente. Sabemos por sus biógrafos, y lo hemos dicho más arriba, que una vez amenazó con vaciar el noviciado, por culpa de un cobarde que no se atrevía a acusarse públicamente de haber leído un billete cogido del suelo. Para Rancé ésta era una de las faltas más graves, y reflejaba bien el espíritu de su tiempo, en el cual el sentido del honor era tan profundo en las clases más altas de la sociedad mundana, que se manifestaba a veces en formas casi grotescas. Rancé había hecho siempre de la lealtad un punto fundamental de su conducta de vida – recordemos el caso de Mazarino – y no podía admitir que un hombre llamado por Dios a su servicio pudiera ser desleal y cobarde.

En otra ocasión, su comportamiento fue muy distinto. Sucedió que el hermano Alexis Robert se enfadó violentamente, porque su familia se oponía a su vestición. Esta vez, el abad fue indulgente; juzgó el episodio como fruto de un excesivo fervor, y le perdonó. Así, Rancé, como verdadero padre, se mostraba con una mansedumbre insuperable, prestando ayuda y alivio, o, según las circunstancias, guiando con fuerza a los propios hijos.

Estos novicios, a los que tanto amaba, tenían, según Rancé, deberes y derechos. Lo primero de todo, el novicio era responsable de su vocación, y debía hacer todo lo posible para que la obra de Dios alcanzara su cumplimiento. “ Aunque la acción que va a realizar no es un voto, y tomar el hábito no es igual que prometer, usted no está liberado de la obligación de seguir la moción de Dios y de esforzarse para que tenga buen éxito, hasta el momento en que le parezca, con certeza moral, que Él retira su impulso y no quiere ya que continúe en este camino¹²”.

Como contrapartida, el novicio tiene derecho a ser formado según el espíritu de la orden y a observar el ejemplo de una práctica exacta de la Regla: “Es necesario instruirlos en la verdad de la Regla y en el espíritu de nuestros padres..., porque todo el resto de su vida depende de las primeras impresiones¹³”.

El cuidado por conocer, buscar y practicar el espíritu de los padres y de la Regla informa desde el principio las relaciones entre el postulante y su padre maestro, y lo guiará hasta la profesión o salida del monasterio. “Pues no es suficiente que forme a sus novicios en el conocimiento de la letra de la Regla, si no les hace vivir en la práctica de su espíritu. Usted está obligado, en su calidad de superior y de padre, a conducirlos a la perfección de su estado, recorriendo caminos seguros, cumpliendo íntegramente sus deberes y sus obligaciones. Dios los ha dirigido a usted por este motivo¹⁴”.

El abad Rancé fue consejero espiritual muy apreciado también fuera de su monasterio. Para llegar a todos los que acudían a él, escribió verdaderos ríos de cartas. Sus biógrafos nos dicen que, en diversas ocasiones, antes de su muerte él destruyó miles de ellas. Las categorías de sus correspondientes fueron muy variadas, y el espacio de tiempo de su actividad fue de unos treinta años.

Esta fuerte obligación de correspondencia le provenía de su amplísimo círculo de amistades. La clamorosa conversión repentina, cuando se encontraba en la cúspide de una activísima vida mundana, la reforma que introdujo en su abadía, los esfuerzos por reconducir las observancias monásticas a su fervor primitivo, los ejemplos maravillosos que proponía con su propia vida, y que trascendían más allá del secreto de la clausura, en los relatos llenos de admiración de los numerosos visitantes de la Trapa, habían creado en él una obligación de caridad.

Las ilustres damas que había conocido durante el período de la *“fronda”* recordaban los hechos relativos a su conversión, y recurrían a él en gran número para recibir consejo. Para la duquesa de Guise¹⁵ Rancé compuso un pequeño pero verdadero tratado de espiritualidad: *La conduite chétienne*. Después también acudieron a él la princesa palatina Ana de Gonzaga, la duquesa

Longueville, madame de Plessis-Cuénégaud, madame de Saint Loup, la condesa de Vertus, hermana de la famosa duquesa de Montbazou, madame La Fayette, y muchísimas otras. Entre los laicos, encontramos al destronado rey de Inglaterra, Jaime II, que, después de la usurpación del reino por Guillermo de Orange, fue con frecuencia a visitar y buscar consejo en la Trapa. El mariscal de Bellefonds¹⁶, monsieur Barillon¹⁷, embajador de Francia en Inglaterra, el conde de Trévill¹⁸, el conde de Charmel¹⁹, monsieur de Courcelles²⁰, y otros.

Entre el clero secular, fueron muchísimo los que le pidieron consejo en los momentos difíciles, y dirección en el camino de la conversión. Hubo unos veinticinco o treinta obispos que visitaron frecuentemente la Trapa. El cardenal Le Camus, durante su episcopado en Grenoble, recibió de la Trapa instrucciones, a las que se atuvo con mucha fidelidad durante toda su vida, aliento en las dificultades y vivas exhortaciones a imitar el ejemplo de S. Carlos Borromeo. El obispo de Luçon, monseñor de Barillon, sometió cualquier iniciativa suya a la aprobación de nuestro abad. Monseñor de Lascais d'Urfé²¹, después de una visita a la Trapa, decidió dejar su palacio episcopal e ir a vivir al seminario; durante dieciocho años, Rancé lo aconsejó y lo animó con sus cartas. En fin, monseñor de Taffoureaux de Fontaine²² al que Rancé había rechazado como postulante, después de la muerte del reformador, lo invocó como a un verdadero santo; declaró haber obtenido milagros suyos, y difundió sus reliquias como verdaderos tesoros.

Como es natural, la cantidad de correspondencia dedicada a religiosos y a religiosas es predominante. A ellos entregó todo su corazón y toda su experiencia. Sobretudo las religiosas, que no podían ir a verlo y a recibir sus consejos personalmente, recibieron de él exhortaciones y aliento para ser fieles a sus obligaciones. Cistercienses de las dos observancias, benedictinas, carmelitas, de la Visitación, de la Anunciación ... La abadesa de Maubuisson, Luisa Hollandine, princesa palatina de Baviera y cuñada de Ana de Gonzaga, las abadesas de Gif, Leyme, Les Clairets²³ y otras más, reformaron sus monasterios, siguiendo los consejos y con el apoyo de Rancé. Para ellas a veces él escribió verdaderos y auténticos pequeños tratados. En estos casos, el santo abad, tan huidizo de honores y notoriedad, no temió atribuirse los títulos de 'representante de Cristo' y de 'padre espiritual', que San Benito le atribuye, como padre del monasterio. Sin falsa modestia, y del todo compenetrado de la dignidad de sus funciones para con los hermanos, él se considera con respecto a ellos como "el dispensador de las gracias divinas", "de parte de Jesucristo y según su santa voluntad". Cuando se trata de la dirección de las almas, "los directores son como intermediarios entre el cielo y la tierra; cuando faltan, es Jesús mismo quien les sustituye y habla directamente a las almas". Es esto lo que él quiere decir al mariscal de Bellefonds, que hacía poco había recobrado los favores de la corte, si, en el lugar en que se encuentra, tiene dificultades para hallar personas capaces de darle consejos útiles, debe confiar que Jesucristo, que es el pastor de los pastores, le dirá personalmente lo que dice a los otros por medio del ministerio de los hombres. Por decirlo de otra manera, Bellefonds es el responsable de su propia alma. Dios Padre le pedirá cuenta de su salvación. Con tal de que escuche su voz en el silencio, y lejos de todo lo que pueda impedirle hablar a su corazón, y tenga la voluntad sincera de seguirla, Él será fiel para evidenciar lo que pretende decirle y hacerle conocer lo que desea.

Aunque sus principios sean a veces muy severos, nuestro abad se guardó bien de afirmar, como hacían los jansenistas, que no hay camino medio entre la vida religiosa y la vida seglar, entendido como *o santidad o condenación*, "sino que todos, cumpliendo fielmente los deberes del propio estado, aunque no sean religiosos, pueden alcanzar, con la gracia de Dios, una gran perfección", afirmación, ésta, común a otros grandes contemporáneos suyos, como S. Francisco de Sales o S. Vicente de Paúl. Fueron precisamente los padres 'de los desiertos' los que le enseñaron esta verdad: "Cualquiera, aunque aparentemente carente de valía, puede alcanzar una perfección más alta que cualquier otro religioso carente de fervor".

Los principales medios de santificación son la oración y los sacramentos. La forma mejor de oración, útil de modo particular para las almas que inician el camino de perfección, es la mental.

En general, le parece que en esto existe una regulación demasiado estricta, aunque sea cierto que los métodos de oración tienen su utilidad, sobre todo para los principiantes. Es mucho mejor dejar espacio libre a la acción divina. Así se expresa, escribiendo a la duquesa de Guise: “Se ruega a Dios con la oración mental, cuando, prestando atención a la inspiración del Espíritu Santo y bajo su dirección, reflexionamos sobre sus misterios y sus verdades, los saboreamos, los adoramos y penetramos en ellos; el corazón, entonces, enfervorecido con las impresiones que reciba de estas reflexiones, se eleva y se acerca a Él con un movimiento vigoroso. Esta oración es obra del Espíritu de Dios. Es Él quien la crea y le da forma; si no viene de Él, no es escuchada. A pesar de esto, los hombres no cesan de dar reglas y prescribir métodos; y Dios se sirve de su ministerio para enseñarles de qué manera es bueno que actuemos, para caminar con mayor prontitud y seguridad, y para evitar los engaños que se pueden encontrar en este camino del todo divino y sobrenatural²⁴”. Que la duquesa consulte, si quiere, todos los libros y los autores que de esto han hablado, pero Rancé se contentará con decir que la mejor disposición para salir adelante en los caminos de la oración es la de presentarse ante Dios con un corazón puro y desprendido de todo afecto terreno. Escribiendo a una religiosa, el día 10 de noviembre de 1684, le dice así: “No encontrará desilusión alguna si se abandona a Dios en la oración, siguiendo la inspiración del Espíritu Santo, y creyendo que todo lo que Él ponga en la boca de su corazón es el tema del que quiera que se sirva para conversar con Él. Este tema puede provenir de algún punto de la Escritura que le haya impresionado de un modo especial, o también puede inspirarlo Él directamente. La oración debe ser libre, exenta de toda constricción. El Espíritu de Nuestro Señor, que la suscita en usted, no soporta ningún límite, y quiere formar en las almas que son suyas los sentimientos, los deseos, las luces y las impresiones que le placen. Hay que tener cuidado de no crear apetencias distintas de las que Él desea regalar a las almas de sus amigos. En una palabra, siga sus impulsos, sus inclinaciones, con la mayor confianza, y esté segura de que, el conformarse a las inspiraciones que creemos vienen de Él, es devoción sólida y la única piedad que le es agradable²⁵”.

Con la seguridad de un maestro experimentado, él describe al marqués de Lassey²⁶, el 24 de marzo de 1683, las obras maravillosas realizadas por Dios en el alma que se pone a orar con las disposiciones requeridas. Ella está como cegada por el sol, fascinada por un espectáculo que le impide ver cualquier otro objeto, y que absorbe todas sus facultades. Según Rancé, es imposible equivocarse acerca de la realidad de la acción divina, porque, bajo su influencia, nos hacemos mejores; mientras que quienes son víctimas de sus propias imaginaciones permanecen esclavos de las propias pasiones y afectos humanos. Hay que reconocer que estamos muy lejos de la doctrina jansenista. Y lo estaremos aún más, escuchando lo que dice nuestro abad sobre la frecuencia de los sacramentos. Cuando se dirige a personas todavía alejadas de Dios, aun hablándoles del rigor de Dios hacia los pecadores empedernidos, él no deja nunca de considerarlo como a un verdadero padre en la confesión, siempre dispuesto a recibir con brazos abiertos al hijo pródigo, como un buen médico que quiere curar a los insanables. Si se dirige a las personas que viven en la práctica de las virtudes cristianas, él no les anima nunca a confesiones detalladas, que sólo producen fatiga y turbación en el alma: el sentimiento de la propia indignidad y fragilidad, unidas a la confesión explícita de algún pecado, son más que suficientes. Por lo que concierne a la sagrada Comunión, como dice la *Imitación de Cristo*, Rancé permite abstenerse de recibirla alguna vez, para volver después al sagrado banquete con mayor fervor y santidad. Los sacerdotes deben celebrar la Misa todos los días, a no ser por graves impedimentos, y los religiosos, salvo órdenes contrarias de sus superiores, deben acercarse cada día a la sagrada Comunión.

A los laicos, sobre este tema, ofrece consejos sumamente equilibrados. Oigamos lo que dice a la duquesa de Guise: “Yo no digo que quien esté sometido a pecados, debilidades e imperfecciones no debe frecuentar los sacramentos, especialmente cuando reconoce la propia situación, sufre y se aflige por la propia miseria, se esfuerza por mejorar el propio estado y,

sobre todo, mira con los ojos de la fe el cuerpo y sangre de Cristo, y lo recibe como remedio de los propios males y fuente de la propia salvación. Digo, por el contrario, que el que está enfermo, ama la propia enfermedad y no hace nada para curar, que sabe que su estado no agrada al Señor y no hace ningún esfuerzo para mejorar, es indigno de participar con mucha frecuencia en este misterio de amor y de caridad²⁷”.

Entre las principales condiciones requeridas para poder acercarse dignamente a la sagrada comunión, la más importante es la huida del mundo, de su espíritu de perdición, y el amor a la mortificación. Al mariscal de Bellefonds le escribe así: “La mayor parte de las personas que se dedican a Dios y piensan en la propia conversión, ponen toda su devoción en ciertos ejercicios del espíritu, pero no tienen en ninguna consideración la austeridad y la penitencia, como si no tuvieran ninguna utilidad y no fueran necesarias; y así, sin darse cuenta, pasan de una vida voluptuosa a una vida relajada y cómoda...²⁸”.

Recorriendo sus escritos, y sobre todo su correspondencia, uno queda admirado del gran equilibrio y de la discreción insuperable con la que él guía a sus propios hijos en el camino de perfección. Especialmente en el pasado, el nombre de la Trapa evoca la idea de penitencias exageradas y severas, a veces excesivas; pero, frecuentando su modo de pensar, al contacto con todas sus obras, uno puede fácilmente darse cuenta de una gran evolución desde los primeros años a los de la madurez, más tranquilos y ponderados, aunque en absoluta fidelidad al ideal. Esto nos indica que gran parte de lo que se ha fraguado sobre la vida de la Trapa, ha sido una pura leyenda.

Según Rancé, la finalidad principal de la vida religiosa es dar gloria a Dios con una estricta observancia de la santa regla. En *Sainteté* afirma: “Las penitencias voluntarias son dañosas”,... “para expiar los más grandes errores son suficientes las observancias regulares”. Como Santa Teresa de Ávila, Rancé subraya también la importante labor que desempeñan las austeridades regulares de la Regla, de las cuales no se debe dispensar sin grave motivo, pero exige el permiso explícito de los superiores para practicar una penitencia, por pequeña que sea, fuera de las prácticas comunes. A la marquesa de Alègre, el 15 de noviembre de 1682, escribe de esta manera: “Cargue sobre su espíritu y su corazón lo que no puede hacer que grave sobre su cuerpo. Créame, la mortificación interior es incomparablemente más grande ante Dios que la exterior, que impresiona a los ojos y es vista por los hombres; de la primera, uno no puede quedar decepcionado, la otra está sujeta a infinitas ilusiones²⁹”. Por eso, no hay límites para la mortificación interior. Está tan lejos de atribuir a las penitencias exteriores una importancia determinante para la perfección religiosa, que no tiene escrúpulo en elogiar vivamente y con bastante frecuencia a San Francisco de Sales y a su Instituto, y mantiene con la Visitación una importante y voluminosa correspondencia³⁰.

A menudo recuerda a sus discípulos laicos el deber de la penitencia, pero sin ninguna exageración. El programa que se limita a trazar para cada ocasión nos ha quedado en estas pocas palabras que escribe a un amigo convertido hacía poco: “Debe poner su cuerpo ante la imposibilidad de que le haga daño, considerándolo como un enemigo suyo, privándolo de los placeres de las diversiones, y rehusándole todo lo que sea inútil y superfluo³¹”.

A pesar de mantenerse muy respetuoso con cuanto exige el rango y la condición social de cada uno de sus hijos, nuestro abad suscita una verdadera guerra contra lo que puede alimentar el orgullo, el amor del mundo y las malas pasiones, y no teme entrar en el más mínimo detalle: “Dios, dice a la condesa de Guise, quiere que mantenga un cierto tenor de vida, y la servidumbre que conviene a su rango; pero hay que eliminar el fasto, la pompa, el lujo, que no está permitido nunca, sin culpa, a un cristiano... ; el color de su vestidos vine determinado por el estado de viudez en el cual la ha puesto la divina providencia; no deben ser ni rebuscados ni fastuosos, es suficiente con que estén limpios. En cuanto se refiere al peinado, puede que no deba ser lo mismo de como se llevaba hace treinta años...; de todas formas, debe haber

diferencia entre quien quiere complacer a los hombres y quien, por el contrario, quiere agradar a Dios³²”.

Rancé no muestra ninguna simpatía por las penitencias extraordinarias, y aconseja a los religiosos la observancia exacta de sus reglas, y a los laicos el cumplimiento de los deberes de buenos cristianos; de hecho, hay un motivo: “Dios nos conoce mejor de cuanto nos conocemos a nosotros mismos, y se reserva el cuidado de enviarnos las cruces proporcionadas a nuestras obligaciones y a nuestras necesidades³³”. Las formas con que Dios se digna probarnos con mayor frecuencia son: las humillaciones, las desgracias, las enfermedades y la muerte de nuestros seres queridos.

Con sus hijos enfermos se hace exageradamente compasivo de sus debilidades y sus necesidades. Nada de ayunos, nada de abstinencia; los religiosos tienen también la obligación de aceptar todos los cuidados, los alivios y las medicinas que ordena el médico, el enfermero y el superior. Abandono completo en la divina providencia, que nos pone sobre la cruz y nos da el inmenso privilegio de semejarnos a Jesús.

En su abundante correspondencia, Rancé no pierde nunca la ocasión de recordar que nosotros estamos aquí abajo como en un lugar de paso, y que nuestra verdadera patria es el cielo. No se deja nunca arrastrar por una falsa piedad, que querría ocultar, hasta el último momento, su verdadera situación a quien, por desgracia, está ya próximo a la muerte. Al contrario, considera un deber el pintar con colores de serenidad y de alegría el próximo encuentro con el padre de la misericordia. Recogiendo, sobre este tema, los numerosos testimonios esparcidos por toda la correspondencia, se podría hacer un tratado sobre el *Buen uso de la enfermedad*. En un siglo en el que la salud de las personas no era muy fuerte, esto tuvo ciertamente gran importancia. Leamos juntos una carta, escrita el 22 de mayo de 1687 a mademoiselle de Vertus, carta que resume bien todas sus enseñanzas sobre este tema: “Veo con claridad que no será seguramente la esperanza de ver que va a terminar su enfermedad la que le dará consuelo en el estado en que se encuentra actualmente, sino la seguridad de que Dios, que no deja de probarla, no dejará tampoco de enviarle las gracias necesarias para aceptar todos sus designios con una perfecta resignación. Me parece inútil recordarle que estos sufrimientos continuos son una señal del interés que Él tiene por su salvación, y, de hecho, yo creo que está convencida de esto... Dios completa su purificación, mademoiselle, con la penitencia... Para hablar de manera más exacta, es Dios quien nos pone sobre la cruz, lo mismo que Jesucristo fue puesto en ella por la mano del Padre. Es necesario que también los que lo aman... le dejen obrar, en completo abandono y plena confianza de que su proyecto es el de hacerlos eternamente felices,... Por cuanto se refiere a la preocupación por su persona, siga sin perplejidades lo que los otros dispongan... Dígale a Dios, lo más frecuente que pueda, que, puesto que ha faltado en alguna obligación suya, no merece recibir ningún alivio de nadie³⁴”.

Siempre igual a sí mismo, Rancé no se cansa nunca de recordar los grandes temas de la salvación, de modo especial cuando sus corresponsales se encuentran en circunstancias difíciles. Él los estimula a demostrar mediante la fe y el abandono en la voluntad de Dios la verdad de sus propósitos. No nos parezca demasiado austero y rígido. ¡Cuántas veces declara su total entrega, su afecto y su amistad sincera a personas que se confían en él y a quienes no volverá a ver, especialmente si se trata de mujeres que no podrán nunca ir a hacerle una visita a la Trapa!

En el claustro fue el modelo de los amigos cristianos, y con frecuencia dio las gracias a los que Dios le había enviado para suavizarle los rigores de la penitencia con sus visitas. Pero oigámosle a él una vez más: “Créame, el retiro en el que nosotros pasamos nuestra vida no disminuye en nada los sentimientos que tenemos para con usted desde hace muchos años; además, nunca la hemos contado entre el número de las cosas y de las personas de las que hemos pretendido separarnos cuando nos hemos apartado del mundo. De verdad, no pasa ni un día en el que usted no esté presente en nuestro espíritu y en nuestra oración³⁵”.

Cuanto más se acerca el día de su separación definitiva, tanto más sensible se muestra él y más deseoso de volver a ver a sus amigos: “Quiera Dios que no haya impedimentos para su viaje a la Trapa. ¡Sería para mí una alegría muy profunda, un verdadero consuelo, verla en nuestro desierto y abrazarla una vez más antes de morir!⁶⁶”.

¡Qué transformación!, estamos tentados de exclamar. Es indudable que, en los últimos años de su vida, Rancé muestra una serenidad, una paz y una libertad que confirman claramente la madurez adquirida de su vida espiritual. También él, como hemos dicho, experimentó el aguijón de la inexperiencia y cayó, al menos un poco, en la trampa del celo exagerado. Aun en esto, sin quererlo, siguió las huellas de San Bernardo, al que tanto amó y admiró. Hoy día, gran parte de los estudiosos que se han acercado y han profundizado en el estudio de esta gran personalidad, desde Pezzoli a J.Leclerq, a A.J. Krailsheimer, y otros, tienden a poner un fuerte freno a los juicios precipitados sobre su obra, y casi a subsanar los errores y las exageraciones del pasado, y nos invitan a releer en clave positiva sus escritos.

Antes de terminar este capítulo, detengámonos aún sobre un breve texto que se encuentra en Sainteté, y que es, según Rancé, la mayor fuerza de la vida de un religioso, de aquel que sirve a Jesucristo en una perfecta *desocupación*³⁷: “La primera y principal ocupación de un solitario es la de ocuparse de Dios en el reposo y en el silencio del corazón; la de meditar incesantemente, y la de mantenerse en una perfecta desocupación de todo lo que le pueda distraer”.

La alegría perfecta sólo se puede encontrar en Jesucristo. “Él solo tiene que llenar toda la capacidad de su corazón³⁸”. Así se podrá disfrutar la soledad de los claustros. “La paz en ellos es profunda, y Jesucristo, que es el rey de la paz y que se complace en quedarse donde la encuentra, establece allí su reinado³⁹”.

NOTAS

¹ Corr., I, Julio 1672, p.471. *Lettres*, Muguét, I, carta XCVIII, p. 448-449.

² Ibid., carta C, para un Eclesiástico, p. 456-457

³ ibid., carta VI, p. 26.

⁴ M.L. Serrant, *L'Abbé de Rancé et Bossuet*, París 1903, p. 268.

⁵ Ibid., p. 268.

⁶ Dubois, IV, c. VII, p.382.

⁷ *Lettres*, Muguét, I, p. 495

⁸ Corr., I, 23 de Julio de 1672.

⁹ Cherel, III, c. VI, p. 206

¹⁰ *Relations*, V, Relation de la vie et de la mort du Frère Moïse, p. 135.

¹¹ Dubois, IV, c. I, p. 349.

¹² [ibid., p. 36](#)

¹³ [Lettres](#), Muguét, I, XCIV, p. 416.

¹⁴ [Corr.](#), I, 19 de Abril de 1672, p. 443.

¹⁵ [Elisabeth, duquesa de Orleans \(1646-1696\). Nacida del segundo matrimonio de Gaston de Orleans. Esposa de Louis-Joseph de Lorraine, duque de Joyeuse y después, de Guise \(1650-1671\). Su único hijo murió en 1675. La duquesa transcurría su tiempo entre Alençon, su feudo personal, y el palacio de Lussemburgo, en París, palacio que tenía que compartir con su hermanastra, madame de Montpensier, la Gran Damisela. Su hermana, Margarita-María, era gran duquesa de Toscana, la cual, habiendo abandonado al marido por una vida más retirada, iba con frecuencia a Alençon, y también a la Trapa. Madame de Guise, devotísima, tenía una idea muy elevada de su dignidad real. Entre las damas de su corte que podían ir con ella durante sus visitas a la Trapa, había muchas correspondientes de Rancé.](#)

¹⁶ [Bernardin-Gigault, mariscal Bellefond \(1630-1694\).](#)

¹⁷ [Muerto en 1691.](#)

¹⁸ [Henri-Joseph de Peyre \(1641-1708\).](#)

¹⁹ [François de Ligny \(1646-1714\).](#)

²⁰ [Probablemente pertenecía a la comunidad de Saint-Victor](#)

²¹ [Hijado de Luis XIII, abandonó una prometedor carrera en la corte, para entrar en Saint-Sulpice. Hizo un retiro en la Trapa en 1676, antes de su consagración episcopal. Residió en el seminario diocesano, donde hizo el mismo género de vida monástica que llevaba Le Camus Grenoble.](#)

²² [Fue obispo de Alet a partir de 1698. Parece que solicitó varias veces la entrada en la Trapa.](#)

²³ [Gif, abadía de monjas benedictinas de la diócesis de Meaux. Madre Ana Victoria de Montglat \(1647-1701\), educada en Port-Royal hasta la supresión de las escuelas en 1659, profesó en Gif en 1667. Fue elegida abadesa en 1675, y comenzó a ejercer el cargo al año siguiente. Leyme, abadía de monjas cistercienses de la diócesis de Cahors. Ana de Orvillers de La Vieuville, abadesa reformadora \(1645-1685\). Les Clairets, abadía de monjas cistercienses de la diócesis de Chartres. En este monasterio vivió Teresa, hermana de Rancé. Françoise-Angélique d'Étampes de Valancay, abadesa reformista \(1687-1709\). Desde el principio había tomado la decisión de ponerse bajo la guía de Rancé.](#)

²⁴ [Conduite...](#), p. 136-137.

²⁵ [Corr.](#), III, 10 de Noviembre de 1684, p. 223.

²⁶ [Ibid.](#), p. 48-52.

²⁷ [Conduite...](#), p. 169-170.

²⁸ [Lettres de Piété](#), Archivos de la Trapa, I, p. 25.

²⁹ [Corr.](#), II, p. 764.

³⁰ [La regla de la Visitación prevé una moderación particular en la austeridad, pues tiene como finalidad acoger personas con salud delicada.](#)

³¹ [Lettres de Piété](#), Archivos de la Trapa, II, n° 7.

³² [Conduite ...](#), p. 44-46.

³³ Cfr., [Lettres de Piété](#), Archivos de la Trapa, n° 237.

³⁴ [Corr.](#), III, p. 455-456.

³⁵ [Corr.](#), I, p. 495.

³⁶ [Corr.](#), II p. 403.

³⁷ [Sainteté...](#), V, q. IV, p. 65.

³⁸ [Ibid.](#), V, q. IV, p. 85.

³⁹ [Ibid.](#), V, q. VII, p. 134.